

PRECIOS DE SUSCRICION

MADRID

Plas. Cts.

Un mes.....	1	.
Un trimestre.....	2	50
Un semestre.....	5	.
Un año.....	10	.

PROVINCIA

Tres meses.....	3	.
Seis.....	5	50
Un año.....	10	.
Extranjero y Ultramar.....	12	50

CORRESPONSALES

25 números de EL MOTIN.....	2	50
Idem del SUPLEMENTO.....	75	.

NÚMERO DE EL MOTIN

15 céntimos



PERIODICO SATÍRICO SEMANAL

ADMINISTRACION

FUENCARRAL, 119, PRINCIPAL

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedir o no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100.

La correspondencia al Administrador del periódico.

Centros de suscripción: En Madrid: librería de los Sres. Hijos de Fè, carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol 6.

Habana: C. José Pozo, Obis po 32.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos.

«Capitania general de Castilla la Nueva.—Dicte usted las órdenes claras y precisas para que el periódico que V. dirige no se ocupe en absoluto de los procedimientos judiciales que se están siguiendo para esclarecer los hechos ocurridos en la noche del 19; porque hallándose *sub judice* las causas que se siguen, está prohibido terminantemente por las leyes ordinarias y excepcionales dar noticias directas sobre aquéllas.

Además evitará V. que en absoluto se publiquen artículos, sueltos ni noticia alguna que se relacionen con la disciplina y orden público, y mucho menos se basen en noticias que no sean oficiales, muchas de aquéllas falsas, y que sobre ellas se hagan comentarios de ninguna clase, absteniéndose de copiar artículos y discursos relativos a hechos históricos que tengan conexión con la disciplina y orden público.

Espero no se me pondrá en el caso de verme precisado a entregar al periódico a un consejo de guerra, ni tampoco a suprimirlo si reincidiera.

Dios guarde a V. muchos años. Madrid 22 de Setiembre de 1886.—Pavía.—Señor director del periódico EL MOTIN.»

¡SER FRAILE!

La afilada guadaña del tiempo siega una a una las flores de la juventud; el viento seco y frío de la realidad apaga la luz de la esperanza, y las ilusiones naufragan en el mar de lágrimas arrancadas a nuestros ojos por el dolor.

¿Qué sería del hombre si en la oscura noche de la existencia no divisara alguna estrella que le guiase al portal sagrado de la ventura soñada? Caería exánime sobre las piedras del camino, como el viajero rendido de sueño se desploma sobre la nieve que ha de servirle de sudario.

¿Quién no ha sido joven? ¿Y quién, siendo joven, no ha soñado despierto, y soñando, no se ha remontado en alas de su fantasía a las más altas regiones de la felicidad? ¿Quién, pensando ser militar, no ha eclipsado la fama de Napoleón; pensando en el arte, la de Miguel Ángel ó Murillo; pensando en el dinero, la de todos los Cresos reunidos? Pues ¿y en amor? ¿Quién no ha soñado con Eloisas y Beatrices, con princesas y duquesas hermosísimas y apasionadas?

Todos hemos tocado en sueños todo lo mejor en todas las esferas de la vida, mas pocos, muy pocos han visto realizado algo de lo mucho que soñaron. El que pensaba eclipsar a Napoleón, alcanza el máximo de retiro en el empleo de capitán ó comandante; el que aspiraba a ser amado por princesas y duquesas, se casa con una honrada hija de familia, no muy hermosa, pero sí muy pobre; el que pretendía colocarse por cima de todos en el terreno del arte, modela santos de barro que vende a dos cuartos en las ferias, ó pinta muestras en las tiendas de comestibles; y el que quería acumular en sus manos los tesoros de todos los siglos, ingresa en una Hermandad para tener asegurado el entierro. ¡Terribles decepciones que rinden los caracteres más enérgicos, y que a la larga impulsan a muchos desgraciados al suicidio!

Tantaños males, inherentes a la naturaleza humana, se agravan ó atenuan según que estas ó aquellas ideas influyen en la marcha de las sociedades; y en el momento presente, fuerza es confesarlo, esos males habían tomado proporciones aterradoras. La falta completa de esperanza en el porvenir obligaba a los españoles, víctimas del desaliento, a buscar en los empleos públicos la paz y tranquilidad que proporciona la holganza, renunciando a mejorar de condición. De pronto ¡oh dicha! ábrese las puertas de los conventos, y el cielo del porvenir se presenta despejado y azul, llenando de alegría a los más descorazonados.

Yo, que como tantos otros, había renunciado a mis sueños de ambición, yo sentí como una sacudida

igual al movimiento que la pila Volta imprime al cadáver. Fué tan grande mi convento, me llenó de tanto júbilo la noticia, que, lo confieso aversgonzado, estuve a punto de abrazar a un cura gordo y *trinchera* que por mi lado pasaba en aquel instante. Afortunadamente para mi conciencia pude dominar tan pecaminoso deseo.

¡Ser fraile! ¿Se comprende bien lo que estas dos palabras significan? Si el poema de la felicidad necesitase un nombre; si se quisiera encerrar en una frase toda la aspiración del alma humana en la tierra, esta y no otra habría de emplearse: ¡Ser fraile! Permitidme, amados lectores, que la repita siquiera tres veces seguidas; que la saboree, que la digiera. ¡Ser fraile! ¡fraile! ¡fraile!

¡Oh! Vivir ocioso mientras los demás trabajan; comer cuando muchos ayunan; dormir donde tantos velan; roncar mientras otros suspiran...

Levantarse, despezarse, vestirse, bendecir a Dios, cuidar unas flores, pasar al refectorio, engullir como un pavo, ocuparse en lo que más a uno le agrada; y vuelta a comer, y vuelta a roncar, entremezclando en todo eso algún rezo que otro, algún trago que otro, algún regüeldo que otro...

Visitar los apriscos de las inocentes ovejas del rebaño, que lo reciben con dulces y tiernos balidos, en tanto que los carneros duermen tranquilamente bajo el árbol de la confianza, y prepararlas para pastar en prados divinos la yerba de la gracia.

Ser padre de multitud de seres sin sufrir las molestias que el cargo proporciona, por entrar esa paternidad en la categoría de las cosas espirituales...

No cuidarse para nada de los mil detalles que amargan la existencia de los mundanos; de la agricultura que no prospera, de la industria que muere, del comercio que se arruina; ni de la escasez, ni del hambre, ni de la miseria que las perturbaciones económicas producen en el país...

¡Oh! ¡Que la realidad sobrepuja en este caso a todas las ficciones, y el alma más soñadora nunca pudo imaginarse un porvenir de felicidad tan completo!

En primavera, cuando el aire cargado de perfumes trae a nuestros oídos el melodioso canto del ruiseñor, y el cielo diáfano y puro se trasparenta en las aguas del tranquilo lago, ¡cuán grato será, sentado cabe el peral del convento, traer a la memoria los recuerdos de la infancia, evocar la imagen querida de la joven virgen cuya mirada inflamó de amores el corazón, reproducir las placidas escenas de la reja y el beso furtivo, y caer en abrasador delirio, olvidándose de los hombres del siglo que buscan afanosos en el trabajo la dicha que solo se encuentra en aquel humilde y apartado retiro!

Y en verano, cuando el canto de la chicharra se confunde con el ruido que produce la hoz al cortar las rubias espigas, y el polvo ahoga, y el sol abrasa, ¡cuán higiénico será tumbarse sobre el lecho de la fresca celda, algo aligerado de ropa, y dormir la siesta sin pensar en el infeliz segador, que acaso en aquel instante medita desfallecido en lo penoso de la sentencia «ganarás el pan con el sudor de tu frente», pan que muchas veces no come a pesar del ofrecimiento bíblico!

Y en otoño, cuando la fresca brisa trae en sus alas el delicado aroma de las últimas flores, y el dorado fruto exprimido por Noé, bebido por Lot y cantado por Salomón cuelga de las simpáticas cepas, ¡cuán delicioso será recoger en el terrado del convento los últimos rayos del sol poniente que tiñe de ópalo y grana la base visible de la bóveda celeste, sin cuidarse del soldado herido que, a medida que el astro aquel traspone el horizonte, espira en la cresta de la empinada montaña que lo vió luchar por la independencia de la patria!

Y en el invierno, cuando el viento frío se estrella en el muro, el fraile se refugia en su

retumba en el espacio, ¡cuán cómodo será repantigarse en un sillón al lado del hogar y referir anécdotas púdicas ó picarescas, interrumpidas por el alegre chisporroteo de la leña que otros cortaron, sin recordar que el honrado marino sucumbe entre las furiosas olas que el huracán levanta, alzando los ojos al cielo que en trance tan terrible le abandona!

Y de este modo, día tras día y año tras año, pasar esta miserable existencia, sucumbiendo al fin tranquilamente, ya de viejo, ó ya de un atracón...

¿Y saber que haciendo todo esto y sufriendo resignado todo esto, puede aspirar el hombre a confundirse después con los bienaventurados y los elegidos!

¡Oh! ¡Que nada hay en el mundo comparable a la dicha de ser fraile!

Hombres desengañados del mundo, desheredados de la suerte, faltos de fe y de esperanza en el porvenir, pobres y mendigos, holgazanes é inútiles... Seguidme al convento cuyas penalidades acabo de pintar; compartid conmigo las atroces penitencias que allí se imponen; renunciad a las privaciones y necesidades que os rodean, y dejad que los inocentes y los infelices trabajen para nosotros, dándonos los productos de la tierra a cambio de las delicias del cielo que les ofrecemos. Y si el mundo no comprende nuestros sacrificios y nos tacha de egoístas y de algo más, consuélennos la idea de que si mal nos trata bien nos mantiene.

(Del libro *Lo que no debe decirse*.)

LEY DE VIDA

Venga esa mano, cara de Alicante que acabas de abjurar del catolicismo para unirte a la mujer que amas. Eres un hombre, y un hombre honrado.

Que griten y se indignen hipócritamente los tíos de tanto sobrino sin padre, por un acto que te da derecho a ser padre de tus hijos. Desprécialos. Mas no; que los honrarias.

Díran que el instinto carnal te ha empujado. Error y falsedad. Para satisfacerlo cumplida é impunemente, ningún estado es el que abandonas. Ellos lo saben, y nosotros también.

Pero aun suponiendo que así fuera, ¿quién se atrevería a condenarte? ¿O es que vamos a estar aquí pagándonos perpétuamente de frases huecas y de ideas absurdas?

La pasión de la carne es la primera y la más noble de cuantas nacen en el corazón del hombre, y la más irresistible a la vez. Como que es principio de vida. ¿Principio? No; es la vida misma.

Que la costumbre y la ley la encanzen, creando una ficción legal, el matrimonio, para hacerla servir mejor a los fines sociales... ¿y qué? ¿Pierde por ello en importancia? Yo diría que aumenta.

¡Desgraciado clérigo! ¡Cuánto habrás luchado y sufrido antes de decidirte a dar ese paso, natural y lógico, pero que lleva consigo el anatema!

Al llamar el amor a las puertas de tu alma, y más si llamó tarde, ¿qué de inesperadas revelaciones! ¿Qué de sacudimientos extraños!

Los sueños de la adolescencia y los ardores de la juventud, las caricias deseadas y los deleites presentidos, todo lo que creías muerto, se alza delante de ti en poderosas manifestaciones de vida.

Los antros oscuros de tu conciencia se iluminan, y la naturaleza ultrajada vuelve por sus fueros, azotando el rostro de todos los dogmas que viven de mutilaciones de la carne y del espíritu.

La sangre hierve en tus arterias y rugen de alegría al influir en oleadas a tu corazón; en tu cerebro se tallan torbellinos de ideas viriles, y al ver a tu vida, estremécese todo tu ser.

¡Qué mirada la suya! Cuando tropieza con tu mirada, incendiándose ambas al choque, ríngase el velo



Sostendré el presupuesto del clero y respetaré á esos seres tristes y enamorados de la muerte que abrazados siempre á la cruz, envueltos en su hábito, derriten el alma en oraciones esperando la resurrección. (Párrafo de un discurso de D. Emilio.)

del porvenir, y descubres soles espléndidos en horizontes infinitos.

Todo en la creación se alia para enloquecerte. Los astros alumbran por ella; las flores brotan porque ella existe; el canto de las aves no es más que el remedo de su voz. Ella por todas partes; siempre ella, y sólo ella. *¡Llenos están los cielos y la tierra de su nombre.*

¿Y había de ser mentira todo esto? Encantos, éxtasis, sensaciones sublimes, aspiraciones al ideal, cuanto levanta tus pies del polvo de la tierra, ¿no sería otra cosa que una añagaza de la naturaleza, un lazo infame para perder tu alma?

El hambriento afan con que unirías tus labios a sus labios, hermoso nido de existencias en germen, y el ansia con que beberías su aliento, ¿habría de ser nada más que el deseo brutal de un placer extinguido apenas gustado?

¡Sacrilegio! ¡Impostura! ¡Cómo te han engañado, pobre clérigo! La carne que te habían enseñado a despreciar, es soberana, omnipotente; y el alma, que creías su señora, es su esclava.

Intenta, si no, sustraerte a su dominio, invocando deberes, votos y creencias. Sobre las ruinas de todos los convencionalismos verás erguirse a la mujer, tendiéndote sus brazos, amante, sonriente.

¿Huir de ella? Imposible. En tu casa como en el templo, blasfemando o gimiendo, con los puños crispados o las manos cruzadas, de día como de noche, siempre y donde quiera que te refugies, allí estará.

Y nada de lloros ni de rezos: tus lágrimas se incendiarán al tocar tus mejillas, si es que no se secaron al asomarse a tus ojos, y en tus rezos no pasarás nunca del *benedictus* que eres entre todas las mujeres.

Equivocarás el nombre de la virgen con el de la mujer que adoras; escucharás su voz en las últimas vibraciones del órgano; y lo mismo al arrodillarte ante el ara santa, que al elevar la hostia, la contemplarás a tu lado cada vez más bella y atrayéndote cada vez más.

Arrástrate en las losas, golpea las paredes con el cráneo, revuélcate en tu lecho. Los suspiros que lances se transformarán en rumores de alas, las maldiciones en cuchicheos de hojas, las blasfemias en chasquidos de besos.

Ataraza tu carne con los dientes, magúllala, macéjala; que como el mártir que afirmaba en el tormento la ley de Cristo, ella confesará la de su naturaleza, desafiando tus iras y burlándose de tu poder.

Y si alguna vez, cansado de combatirla y aniquilarla, crees que yace en reposo, escucha, y la oirás entonar tristemente este himno de desgarradora melancolía: *en mi lecho, por las noches, busqué a la que ama mi alma; la busqué, y no la hallé.*

Sagrados preceptos, ejemplos de resistencia... Todo inútil. La ley está dada, y hay que cumplirla: *Credet y multiplicat*. Es universal, es eterna, y no admite trasgresiones. O se cumple a la luz del día, o en las sombras; o digna, o infamemente.

La cadena del deber se funde al fuego del deseo, la voluntad muere, y la razón se turba ante las justas rebelías de la carne. ¿Qué votos, ni qué propósitos, ni qué temor al castigo de los hombres ni a la ira del cielo?

No hay remedio. Hay que abjurar de los dogmas que mutilan, y entrar valerosa y orgullosamente en el concierto de la vida: ser hombre, y cumplir la ley que manda abandonar al padre y a la madre, para unirse a la mujer, y ser dos en una carne.

Honor a tí, que lo has hecho, clérigo de Alicante; desprecio para el que, encenagado quizás en las degradaciones del vicio más abyecto y sumido en el fango de la concupiscencia más grosera, arroja piedras en tu camino; y compasión ¡oh, sí! mucha compasión para el desdichado que se abraza en el fuego del amor, sin firmeza bastante para romper unos votos que contrarian las sacrosantas leyes de la naturaleza, y que pudiera exclamar, con más razón que el Hijo del hombre: *¡Señor! ¿por qué me has abandonado?*

(Del libro *La Piqueta*.)

AMOR MISTICO

Libreme el cielo de censurar el acto más insignificante de ningún príncipe de la iglesia. Por la alta dignidad que ejercen, no menos que por sus talentos y virtudes, son y deben ser invulnerables para este misero hijo del pecado, ignorante de la verdadera ciencia y heredero de la flaqueza adquirida en el barro primitivo.

Quédese tan triste misión para los desgraciados cuyas almas, refractarias a todo sentimiento noble, se revuelcan en el lodazal inmundo del materialismo y el ateísmo, reniegando de su origen celestial, y se arrojan voluntariamente en la sima de la concupiscencia; almas que si no sirvieran para aquilatar por la comparación el mérito de las otras, harían dudar a los pobres de espíritu de la justicia que al formar las predició.

Libreme el cielo, repito, de formar coro a la turba descreída que para desgracia de España brota en los antros revolucionarios, pero permítaseme hacer, con la humildad y el respeto debidos, algunas consideraciones acerca de la orden que un señor obispo, en uso de un derecho indiscutible, ha dado a los respetables sacerdotes de su diócesis, prohibiéndoles tener amas de gobierno jóvenes.

Comprendo que Su Ilustrísima haya adoptado esa determinación, más por evitar las malévolas murmuraciones del vulgo, que por suponer al clero olvidado del voto de castidad pronunciado solemnemente al pie

de los altares; mas reconozco a la vez que la pena es tan terrible como inmerecida, y que si todas las cuestiones mundanas se resolvieran por el criterio del qué dirán, sería imposible la marcha ordenada de las sociedades.

Para asegurar que la pena es terrible, fúndome en que el sacerdote, y esto es una verdad demostrada, tiene la desventura de no hallar en su familia el afecto y cariño que necesita como lenitivo a los sinsabores de su rudo y trabajoso cargo, y vive generalmente alejado de ella, buscando en extraña mujer los cuidados materiales que reclama su parte física, y el tesoro de afecciones íntimas que todos, hasta los seculares, necesitamos para llenar el vacío del corazón.

Y esta mujer pura que con él comparte la vida, cuya dulce mirada le cautiva y cuyo bondadoso proceder le encanta; que esclava de sus deseos le complace y virgen de voluntad le obedece; esta mujer, paño de sus lágrimas y sol de sus días, llega a formar parte integrante del sacerdote, y a serle tan indispensable como la lluvia a los campos, el barco al marino, la gloria al soldado, constituyendo así entre los dos una especie de familia aislada, cuyos lazos no pueden romperse sin que las olas del dolor aneguen sus almas amantes y sensibles.

¿Cuántas lágrimas de célica ternura se habrán derramado a estas horas en aquella diócesis! La voz del deber, gritando inexorable, conseguirá que se cumpla la orden del señor obispo, mas no evitará los tiernos y místicos coloquios, los sollozos entrecortados ni los suspiros angustiosos de dos seres que se comprendían y se completaban, y en vida común e irreparable se confundían.

¿Quién le servirá a él ahora el chocolate con la amabilidad y limpieza que ella lo hacía? ¿Quién, cuando se encierre sin llave en su aposento, entrará a menudo por si a go se le ofrece? ¿Quién le referirá con voz blanda y melosa las hazañas de *Minino*, el gato, que abandonó la noche pasada el hospitalario techo para correr tras una gata rubia, lustrosa y mayadora? ¿Quién le cepillará la ropa puesta y alisará con sedosa mano la encrespada felpa de su vetusto sombrero? ¿Y quién, en fin, le cuidará en sus enfermedades, le consolará en sus aflicciones, y llenará la casa de esa alegría a ninguna otra comparable, la que derraman por doquier la juventud y la belleza? Ciertamente que encontrará quien le sirva, quien le cuide, quien le atienda; mas ¡ah! que el salario no engendra cariño, ni las manos rugosas y tembladoras pueden sostener la copa de la felicidad, ni la imagen de la vejez despierta ideas de esperanza y vida.

¿Y ella? Como la flor de los trópicos trasladada a la Siberia busca en vano el sol que besaba apasionado su corola, así ella, la joven desterrada, languidece y se marchita falta de la tranquilidad seráfica que al lado del buen sacerdote disfrutaba. La costumbre, tirano implacable, le recuerda las horas pasadas al lado de su señor, ya calentando en invierno la franja que abrigaba su piadoso pecho, ya recoñendo sus zapatos de orillo, ya, en fin, prodigándole cuantas atenciones exigían su salud y su comodidad. Y ¿qué hacer ahora, ni cómo olvidarse de las excursiones periódicas que emprendía para devolver a su agraciado rostro las tintas que iba perdiendo en fuerza de interesarse por el hoy solitario y triste, excursiones de las que volvía más pálida y adelgazada, porque para ella servirle era el alimento y trabajar en su provecho el descanso?

Mas ¡ay! apartará la mirada de este cuadro de dolor, y demostrado ya que la pena es terrible, demostraré que también es inmerecida.

¿Cuán expuesto es juzgar por apariencias, y cuán fácil engañarse al condenar ligeramente acciones cuyos móviles ignoramos! Así como un sinúmero de santos se imponían penitencias terribles que eran interpretadas de distintas maneras por aquellas personas que juzgan de las causas por los efectos, ¿quién me asegura que los sacerdotes partidarios de las amas jóvenes no llevan la idea de vencer así a los enemigos del alma, al mundo por el desprecio, al demonio por la constancia, y a la carne por la fortaleza? Sin lucha no hay triunfo, y sin triunfo no hay gloria. ¿Y qué gloria ni qué triunfo comparables a los alcanzados en combates donde casi todos son vencidos y los vencedores se arrepienten de serlo?

Supongamos a los dos, el sacerdote y el ama, sentados al brasero en una noche de tempestad, cuando la corriente eléctrica se establece más viva entre la atmósfera y nuestro organismo, santiguándose a cada relámpago, mascullando una plegaria a cada trueno, y aproximándose uno a otro poseídos del terror que infunden los vagos rumores del viento al bajar por el cañón de la chimenea y el golpear del agua en los cristales; supongamos que Satanás, siempre ojo avizor para perder las almas de los elegidos, se asoma por los ojos de la joven, lanzando rayos que eclipsan la luz de los relámpagos, y supongamos también, aunque esto ya sea mucho suponer, que el varón fuerte, el sacerdote impecable se levanta, da un paso hacia la tentación, mas de pronto se detiene, se pasa la mano por la frente, se dirige a su aposento, da tres vueltas a la llave, coge el breviario, y...

Pero ¿qué insistir en demostrar que la victoria es tanto más grande cuanto el enemigo es más terrible, y en que tal vez sean héroes los hombres a quienes creemos olvidados de los cánones y de los votos que pronunciaron?

Si algo pudieran influir en el ánimo de tan celoso señor obispo los ruegos de un humilde pecador; si el interés que he demostrado siempre en pro del virtuoso clero mereciese premio alguno, ¡ah! yo me atre-

ría a suplicar a su ilustrísima que revocase orden tan dura, no solo para que los impíos dejaran de regocijarse, sino para devolver a esas tiernas almas la esperanza de bañarse unidas en las fuentes del amor místico durante su peregrinación por la tierra, y poder luego, abrazadas estrechamente, llegar a las puertas del cielo, trocando los mezquinos gozos de esta vida por los inmensos placeres de la eterna bienaventuranza, que a todos os deseo. Amen.

(Del libro *Lo que no debe decirse*.)

LA REVELACION

Acaban de sonar las nueve en el reloj del convento, cuando Margarita, terminado el último ejercicio religioso, entra en su celda, coge un libro que escondía bajo la almohada, y se pone a leer con ansiedad febril.

Al recibir los pétalos de las azucenas el primer beso del sol, la preciosa joven aumentará el número de las esposas de Cristo, sueño de sus noches y término de sus esperanzas, desde que su madre, respetable señora desengañada del mundo, la llevó a aquel asilo de paz y de inocencia.

Orgullo de la comunidad por su modestia y admiración del capellán por su candor, todos la presentan como ejemplo a las demás novicias, sin que éstas murmuren de envidia ni calumnien por celos; que a tanto llega el poder de la virtud.

Vedla en este instante a la cabecera de su lecho, ensimismada con la lectura del libro que la madre abadesa habrá puesto en sus manos para que saboree anticipadamente los éxtasis del amor divino.

Su rostro va animándose, y sus negros ojos lanzando llamaradas de vida, cual si aquellas páginas le abriesen las puertas de un mundo desconocido; a la vez que su seno, alzándose desacompañadamente, imprime extraño movimiento a los flecos de la casta pañoleta que lo cubre.

De pronto se levanta, arroja el libro, y como Eva al verse sorprendida después de su pecado, baja al suelo los ojos, detiene la respiración, y confusa y avergonzada vuelve a caer en el sitial, cubriéndose con las manos el encendido rostro y sollozando con creciente anhelo.

Un suspiro angustioso que se escapa de su pecho parece que repercute en las paredes de la celda, y medrosa escudriña con la mirada todos los rincones, y se recoge en sí misma cual si temiera ser descubierta.

Y cierra después los ojos, y ve horizontes sembrados de soles espléndidos, y ángeles de rubias cabezas que nadan en océanos de luz; y escucha rumores que semejan las últimas vibraciones del arpa.

Y el aire se llena de gemidos, y de sollozos y de murmullos, y de hálitos que perfuman la atmósfera al mezclarse y confundirse, y de suspirantes coloquios interrumpidos por notas de labios que se aproximan, se unen y se estrechan.

Y siente la joven estremecimientos dulces y sensaciones deleitosas, y algo que le roe tiernamente las entrañas, produciéndole dolor mezclado de placer infinito.

Y todos los sueños de la adolescencia soplan sobre su corazón y lo enardecen; y empiezan a tener valor para ella muchas palabras cuyo significado desconocía, y a explicarse misterios que vagamente había presentido.

Y recuerda que días antes, con templando el cuadro de aquella que fué perdonada porque había amado mucho, la Magdalena, sintió hervir la sangre en sus arterias, y que el espíritu rebelde y la carne brava pagaron por descender el velo que aquel libro acababa de rasgar.

Y presa del deseo tanto como sierva del temor, lo coge de nuevo y lo abre por la página interrumpida; y ruborizándose y temblando, deletrea, más bien que lee, estos versículos del *Cantar de Salomón*; porque el libro que así la enciende, y la perturba, y la sonroja, es... la Santa Biblia.

«Bésemelo con el beso de su boca; porque mejor está amor que el vino.

«Hacécito de mirra es mi amado para mí; entre mis pechos morará.

«Sostenedme con flores, cercadme de manzanas; porque desfallezco de amor.

«La izquierda de él debajo de mi cabeza, y su derecha me abrazará.

«En mi lecho por las noches busqué al que ama mi alma; le busqué y no le hallé.

«¿Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres! tus ojos de paloma, sin lo que está oculto por de dentro!

«Tus dos pechos, como dos cervatillos mellizos de corza, los cuales se apacientan entre lirios.

«Panal que destila tus labios, oh esposa; miel y leche debajo de tu lengua.

«Mi amado metió su mano por el resquicio, y a su toque se estremecieron mis entrañas.

«Tu ombligo es taza torneada, que nunca está falta de bebida. Tu vientre como montón de trigo cercado de lirios.

«¿Cuán hermosa eres, y cuán graciosa! ¡Oh carísima, en las delicias!

Y terminada la lectura, vuelve a comenzarla con los ojos más humedecidos y la respiración más fatigosa; y otra vez, y otra, y mil veces, hasta que el último chisporroteo de la vela deja en tinieblas la habitación, como el libro deja iluminados sus sentidos.

(Del libro *La Piqueta*.)